

JULIÁN MARCHENA, *Alas en fuga*, Poesías.—San José de Costa Rica, Editorial Lehmann, 1941. 158 pp.

Las más de estas páginas de *Alas en fuga* han creado ante mis ojos lienzos, acuarelas, miniaturas colgando de los muros de un vasto *boudoir* de amores idos.

No hay en este libro otra fecha que la del colofón. Mas puede leerse por la estructura de muchos de los poemas en el volumen contenidos, que espiritualmente pertenecen a los bellos días en que la forma del poema o de la prosa era porción esencial de su sentido. Porque ritmo y cadencia y rima, suscitan la emoción y se agregan a su pensamiento central.

Tales fueron los modelos de poesía de los últimos veinticinco años del siglo XIX y los primeros quince del presente.

Por su factura, pues; por el sincero culto de la perfección de la estrofa, este libro de Julián Marchena, con la excepción de los tres últimos poemas, cabe en la urna que contiene la graciosa antología de los sonetistas de aquellos privilegiados cuarenta años.

Aquí también hay una copiosa colección de sonetos, algunos de los cuales son de raro valor artístico. El primero, por ejemplo, posee la firmeza de un fruto en sazón, y el cuarto es una acuarela graciosa y fina. La última estancia de "El toro" contiene un hallazgo realmente poético, el último verso: "lanza la ronca 'u' de su mugido — cual si soplara por sus propios cuernos". El soneto "Una vida" es de una punzante melancolía. No hay en esa mujer ni la más débil protesta, como si no se diese cuenta de que para ella también había una ventana siempre abierta, como para cada uno de nosotros en la tierra.

Aquí y allá algún recuerdo clásico tiñe de luz antigua una estancia como el *non omnis moriar* de Horacio cuando en "Inmortal" dice: "no todo ha de morir cuando la fosa . . .", o como cuando en "Vuelo supremo" dice: "quiero vivir la vida aventurera . . .", que trae a la mente, por contraste, el *Vorrei morire* de Stecchetti.

En "Interior" la poética reflexión vuela con alas que han mojado sus puntas en aguas oscuras de melancolía que, sin embargo, encuentra al final valerosa voz de esperanza. En "Viajar, viajar . . ." el descontento triunfa acompañado del deseo de escaparse de sí mismo.

Hay un dejo de sabor de adelfa en muchos de los poemas de Julián. En ninguno de ellos, con la excepción quizás de "Lágrimas frescas", se hace el poeta expansivo, y pormenoriza las causas de su dolor o su añoranza.

Se inclina uno a creer que en realidad ha soñado sin haber vivido tanto, o como lo dice él: "de pronto, me invade la certeza — de haber soñado sin haber vivido". Está seguro de la inmortalidad del polvo que él habrá de ser algún día; cierto está de que ese polvo subsistirá en formas varias cuando lo recoja el alfarero. Otra inmortalidad parece no interesarle. Está convencido de lo efímero de las cosas y su tránsito le deja

el invariable sedimento de tristeza. Dícele a su amada: "Tú sólo por instantes fuiste mía". Todas las amadas sólo por instantes saben y quieren ser nuestras. Pero el poeta no ha querido darse cuenta de que, a pesar de su promesa, él también sólo por instantes sabe ser de la amada. El mundo sonríe con incredulidad de una pasión durable. Los más juzgan que saben del amor; pero los más, también tienen miedo de conocer las tempestades del amor y se contentan con respirar la flor de los deseos.

En ese libro se encuentran numerosas frases felices, ya por la sugerencia, ya por la vívida imagen, como cuando habla del "libro de estampas del recuerdo", o como cuando dice "...se siente sola como una calle de domingo". En ocasiones se experimenta una emoción dulce y distante, la de una cosa distante que se nos hace presente.

En la última sección del volumen se descubre un diverso aspecto del poeta. Es la misma sensibilidad, el mismo anhelo de perfección; pero estos poemas se han escrito con un mayor sentido de humanidad. Ha encontrado la poética belleza de esa amada del campesino que es la carreta. Su "Romance de las carretas" está compenetrado de un sentimiento y de una visión de las cosas de su tierra. Ha sabido mirar la carreta en su sentido social, sin perder un rasgo que pudiera analizar la poesía de esa cantante amada del campesino. Este romance debería enseñarse de memoria en todas nuestras escuelas rurales.

En su "Sonata de amor" hay estancias de madrigal hispano y de elegía latina. Y en el "Poema del minero" aparece lo humano social, que es la nota nueva en los poemas de Julián Marchena. Se halla aquí un eco de Manuel Ugarte. Mas quiera la buena fortuna de las letras del país que esta nota se acentúe en la obra que tiene que cumplir el autor de *Alas en fuga*.

R. BRENES-MESÉN,  
Costa Rica.

EDUARDO MALLEA, *Todo verdor perecerá*.—Buenos Aires, Editorial Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1941. 222 pp.

En la novelística argentina, el nombre de Eduardo Mallea significa prestigio sólido, asentado en la base de una calidad indudable. El autor de *Fiesta en noviembre*, vigoroso y original, reaparece en *Todo verdor perecerá* en plenitud de los atributos que le han permitido colocarse a la vanguardia del género literario que cultiva.

El valor literario de la obra de Mallea no estriba en la fecundidad imaginativa para hilvanar tramas y emplear recursos y efectos dramáticos. La fábula puede ser sencilla, sin mayores complicaciones exteriores; donde verdaderamente radica la importancia de la creación del autor men-